



Las lenguas del odio

MANOLO E. VELA
CASTAÑEDA



MANOLOVELA@IBEROMX

Por entre las ideas –muy inofensivas, sí como no– se desliza algo más mortífero: la violencia. Estigmatizar a otros, individuos con nombre y apellido, u organizaciones sociales, es abrirle las puertas a la violencia, el castigo, que sobre ellos puede (o debe, eso es lo que quizá creen algunos) sobrevenir.

Pero esto no es nada nuevo. Fue así como sucedió en Cartago, arrasada por los romanos en el 146 a. C., o en julio de 1982, cuando la masacre de San Francisco, Nentón. Los perpetradores necesitan creer que sus víctimas no son como ellos, que son “los tontos útiles” o “los indios que se dejaron engañar por la subversión”.

Las crisis revelan el tipo de democracia que –fuera de la fantasía– hemos llegado a construir. Y eso ha pasado estas semanas, en el juicio contra el alto mando del régimen del general Ríos Montt. De esta crisis, aún en curso, podemos extraer una lección, entre muchas otras: con cuánta facilidad sigue emergiendo en

Guatemala el discurso del odio.

Al amparo del anonimato, las redes sociales y los blogs están cargados de intolerancia. Pero hay también voces con nombre y apellido. Por ejemplo, el artículo de Manuel Vogt *Y si mataran a Zury Ríos* (*el Periódico*, 26 de marzo de 2013), se pasó llevando las fronteras de la ética que todo articulista debe guardar. Este mismo recurso –comparar los salvajes actos ocurridos durante la guerra civil, con hipotéticos actos ahora– fue empleado por Máximo A. Curruchich: *Si Sylvia Gereda...* publicado en su muro de Facebook (20 de mayo de 2013). Los comentarios contra la posición de G. Porras sobre el tema del genocidio han seguido esta misma tónica.

De esto mismo han estado cargadas las columnas de Ricardo Méndez-Ruiz. En sus escritos rara vez se discuten ideas; lo que hace es atacar a personas, muchas. Tantas que y a vale la pena enumerarlas aquí. Hallegado al extremo de hacer creer –de forma maliciosa– que un embajador es pedófilo (*el Periódico*, 7 de mayo de 2013). Y cuando las indagaciones sobre los actos de terror se acercaron a su padre, comandante de la Brigada Militar “General Luis García León”, Cobán, entre 1978 y 1982, allí sí, ya no reconoció los límites del comportamiento político y reviró:

“...no hablen porque eso lleva una mala intención. [...] Va a comenzar a correr la sangre otra vez en Guatemala, y ustedes lo van a ver de lejos, y nosotros nos vamos a matar aquí” (*el Periódico*, 27 de agosto de 2012). En *El triunfo de Ríos Montt*, de Armando de la Torre (*el Periódico*, 22 de mayo de 2013), afirma lo siguiente: “La ‘subversión’ de izquierda totalitaria acaba de evidenciarse plenamente como lo que es: ignorante, vulgar, estúpida, malvada”. Este párrafo (hay otros peores), deja atrás la prosa que cualquiera espera de un doctor en filosofía.

Pero lo peor no es esto. Los lectores –algunos, no todos, eso sí– se creen estas afirmaciones empapadas de intolerancia. Así, ellos no hacen sino confirmar sus odios, los alimentan y –como no– los reproducen en sus espacios cotidianos. La nota sobre la señora Gereda desencadenó vituperios de otros comentaristas. Algunos comentarios en torno al artículo sobre la supuesta pedofilia de embajador llegaron a exigir que se rompieran relaciones con ese país y se expulsara al pretendido abusador. Con la tinta, el odio se convierte en una bola de nieve, que se va agrandando... Lo que se dice y es mentira, pero es creído por algunos, puede que termine haciéndose verdad.

En una democracia, los combates se dan entre las ideas. Para que las personas no lleguen a agredirse, las personas deben apalearse –sus ideas– entre sí. Si somos capaces de distinguir entre las ideas y sus portadores, entonces sabremos que podemos (y debemos) aporrear las ideas, pero no a los portadores de estas.

Con argumentos se debaten realidades, no principios inmutables, intocables. El dogmatismo vuelve impermeables las consignas: “Ríos Montt no es culpable”, “Aquí no hubo genocidio”. Es así como se cierran las posibilidades de un diálogo respetuoso, basado en argumentos, evidencias, y compromisos entre ambas partes. Las posibilidades de hacerles cambiar de opinión son mínimas, porque quienes así piensan evitan exponerse a las ideas del contrario, por aquello de que estas puedan hacerles cambiar de opinión.

Los insultos hacia los otros –cualquiera que estos sean– es algo que no debe permitirse porque esta es una puerta que abre el camino a la violencia. En la democracia no debe haber lugar para las lenguas del odio.

Profesor-investigador de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Sociólogo guatemalteco, egresado de la Universidad de San Carlos. Maestro en Ciencia Política por la Universidad Rafael Landívar. Entre 1999 y 2003 fue profesor en ambas universidades. Doctor en Ciencia Social por El Colegio de México.